



## La Voluntad de las Cosas

Los artistas me hacen llegar un documento en Word con imágenes de su trabajo y algunos textos que describen sus procesos, intereses y procedimientos. En la primera página una foto en la que se ve un montón de piedras que logran constituir una breve cavidad, se señala esta será la imagen de la invitación. El pie de página me indica que ese sería el sitio donde se encontró la momia del Cerro el Plomo o “el niño del Plomo”. El cuerpo de un niño Inca fue preservado por el frío y la altura del cerro, para que los humanos de otro tiempo, de otra cultura, otra cosmovisión, pudiesen encontrarlo, hacer contacto con su cuerpo. He visto muchas veces al niño (posiblemente más veces a su réplica), nunca había visto la cavidad rocosa en la que fue encontrado, este agujero en el cerro, que tuvo a este cuerpo endurecido como parte de su composición durante siglos. Ese agujero fue una especie de incubadora que supo conservar al niño, un poco como un cuerpo, un poco como un mineral, un poco como un trozo silencioso del paisaje.

En mi feed de redes sociales apareció una dudosa noticia (el asunto no es si la noticia es verdadera o no); un grupo de científicos habrían desenterrado desde hielos cercanos al polo norte, el cuerpo congelado y muy bien conservado, de un Bisonte de 50.000 años. Dice la noticia que los científicos habrían cortado un trozo de carne del cuello del animal, la que luego de descongelar habrían cocinado en un estofado de carne prehistórica. De alguna manera este relato (posiblemente falso) me hizo pensar en el rol de la institucionalidad cultural, como una especie de máquina del tiempo, una cápsula de preservación que habilita la posibilidad de que el pasado haga contacto con el futuro. Poder tener una experiencia sensible con una sustancia de otro tiempo, saber cómo se siente interactuar con materias del pasado. El filósofo Ruso Nicolai Fyodorov sueña con un mundo sin muerte. Nos propone un planeta que sabe conservar todas las formas de vida y de existencia, y que las cautela en su singularidad, como un museo vivo y que nunca termina. Se imagina al Museo, no como una institución que reúne piezas patrimoniales para su conservación, sino, como un mundo del que cada parte -natural y cultural- es en sí un patrimonio irrepetible, y que, la única manera de preservación es la protección de su vitalidad enclavada en la geografía y contexto que le dio origen. De alguna manera, el Museo (como institución y no como la sucesión intacta de las distintas formas de vida en el planeta), solo tiene sentido en un mundo en el que existe la destrucción y la desapa-

rición. Los objetos del museo quedan descontinuados de su contexto, quedan suspendidos en un espacio sin tiempo ni realidad.

¿Quién puede revivir el pasado?

Al visitar los talleres de Balmaceda Arte Joven donde José Pérez, Natalia Montoya, Matías Fuentes y Felipe Ulloa desarrollaron sus residencias, me pareció estar entrando a una especie de laboratorios atemporales, lugares en donde se estaba aspirando a establecer un contacto vitalista con cosas que parecían pertenecer a tiempos descontinuados. Recuerdo haber pensado que el Taller de Felipe se parecía a una especie de oficina de un burócrata que se ocupa de reavivar vestigios, hacer que lo ancestral haga contacto con juguetes de plástico, como si este encuentro de lo corriente contemporáneo con lo corriente precolombino pudiese funcionar como una pócima de los objetos. Y algo de eso acontece, sociedades inusuales, contactos raros que lubrican la posibilidad de distintas temporalidades construyendo una continuidad. Un remix objetual. El remix, de alguna manera sitúa al pasado en situación de contigüidad complementaria con las formas de lo nuevo. A diferencia de la preservación de objetos por medio de la conservación museal, el remix propone al pasado como una sustancia con alguna vitalidad y que, tiene la capacidad de enlazarse a unos sonidos que corresponden a otro tiempo, como si las sonoridades fueran hebras que pudiesen configurar un tejido activo, en este caso prefiero pensar en una metáfora muscular, más que una textil.

Siento que, de alguna manera, el trabajo de estos artistas se ha movido en la dirección de una interacción con un pasado cifrado en objetos, procedimientos o imágenes. De esta manera los artistas operan como un Museo de la actividad. Digamos, agentes de revitalización material de asuntos que ya existen y que pertenecen a una cultura en proceso de detención. Si el museo sostiene lo pretérito por medio de la conversación, el trabajo de estos artistas anima al pasado en un ejercicio vital de contacto. Estas interacciones reviven, vuelven a situar sustancias que parecían descontinuadas en un diálogo activo con el presente.

Me parece que los trabajos de Natalia y José claramente expresan esta voluntad de interacción con formas provenientes de contextos culturales preexistentes. Enlazan su hacer con saberes y figuras que ya habían sido exploradas por otras personas. De alguna manera su práctica consiste en dar continuidad a procesos de trabajo sensible, como si la autoría en estos casos fuese un asunto que se desarrolla de manera comunitaria, como en una posta de trabajo que se despliega en el tiempo conectando a artistas (personas hacedoras) del pasado, el presente y el futuro. Estos artistas operan como estimuladores de las posibilidades expresivas en la actualidad (y bajo la influencia del desarrollo técnico y sensible) de técnicas tradicionales. De alguna manera cumplen el sueño de Fyodorov, permitiéndonos pensar que, para preservar las

formas culturales, no es necesario restarlas de la continuidad del mundo, encerrarlas en vitrinas para permitir su contemplación. Una alternativa sería dialogar materialmente, darles continuidad y situarlas en el presente como asuntos vivos, en transformación (así como un cuerpo).

El trabajo de Matías opera como una suerte de arqueología de lo reciente, el pasado con el que el entabla diálogos no es tan remoto – o a veces sí. Sin embargo su procedimiento resalta esta condición de la que hablo, la de asistir a un objeto, no con la finalidad de, simplemente, conservarlo, pero con el deseo de una interacción poética que genere un espacio de vibración en el presente en un ejercicio de revitalización de lo que parecía al borde del olvido. Abrazar un vestigio en una operación emotiva de cuidado y valoración, que conecta a estos objetos huérfanos con un momento poético que los reactiva, los devuelve a la vitalidad.

En 2014 curé una exhibición en el espacio EAC en Uruguay que se llamaba *“La Timidez de las Cosas”*. En ese entonces escribí; *“...en el trabajo artístico hay dos voluntades -la del artista y la de la cosa- pero entre ellas no hay diferencia y su ejercicio es la transformación -que ejecuta el artista y acontece en la cosa.”* Creo que la exhibición de cierre del periodo de residencia en Balmaceda Arte Joven, *“la Voluntad de las Cosas”* no está tan lejos de esta declaración. El trabajo del artista es una colaboración entre humanos y materias, cosas. En esta exhibición vemos una serie de transformaciones gentiles, que lejos de operar con una arrogancia (que muchas veces se asocia al trabajo artístico), actúan con un cuidado que activa espacios para la experiencia que parecen revivir otros tiempos, como comer una comida prehistórica, sentir una emoción precolombina.

Javier González Pesce